

## La imagen oficial del Táchira

No somos sociólogos, ni políticos militantes, ni analistas de la realidad, ni nada. Sin embargo, nos ha llamado siempre la atención, entre nosotros que pueda haber, dos elementos negativos en la imagen oficial del Táchira. Dos elementos que, aunque no lo parezcan, han entorpecido las relaciones entre el gobierno central y nuestra tierra. Tales elementos tienen su tradición. Y están ahí. Por estar ahí, tenemos que contar con ellos. Como no debemos olvidarlos, resulta oportuno siempre darles un vistazo.

El primero de los elementos negativos, dentro de la imagen que tiene del Táchira la dirección central del país, es la lejanía. La distancia. El Estado Táchira, a los efectos oficiales de la capital de la república, es el más remoto de todos los veinte. Nueva Esparta, por ejemplo, se siente en Caracas inmediato. Bolívar está ahí mismo. Apure no se diga. Y el Zulia. El Táchira, en cambio, le da a nuestros gobernantes la impresión de que queda en el otro cabo del mundo. El hecho parece increíble. Pero es así. (Tan cierta es esta sensación de lejanía que muchos amigos caraqueños nos han preguntado, más de una vez, si aquí leemos la prensa, si aquí hay bibliotecas, si aquí ya hay escuelas, si aquí conocemos el televisor, etc. Y se quedan asombrados cuando les respondemos afirmativamente). Si en la geografía universal hablamos del Lejano Oriente, con mayúsculas y todo, en la nacional pudiéramos hablar también del Lejano Occidente. El Lejano Occidente es, en la Venezuela oficial, nuestro Táchira.

El hecho tiene, como todos lo sabemos, una hora estelar de naturaleza histórica. La Invasión de los Sesenta. El General Cipriano Castro invadió, en 1899, movido, entre muchas otras razones, por una especial. La necesidad perentoria que tenía el Táchira de entonces de ser incorporada, en forma definitiva, al mapa político de la patria. Este, que fue objetivo central de la Revolución Restauradora, fue realizado a plenitud. Por tan trascendental circunstancia, a falta de otras, pasó Castro a nuestra historia. El Táchira, pues, entró en materia política hace, ya, 85 años. Pero no deja de parecer lejano, en ningún momento, a los ojos de nuestros dirigentes capitalinos. No deja de ser remoto, tampoco en la hora de las grandes decisiones oficiales.

Si nos preguntamos a qué se debe esta impresión de lejanía que les da el Táchira a nuestros gobernantes, la respuesta parece muy clara. Es un problema - más bien otro prejuicio- estratégico o diplomático. ¿Cómo así?. Como en Venezuela nos la echamos de demócratas, tenemos proscrita la figura del General Gómez. El General Gómez sigue simbolizando al Táchira en la misma proporción en que el Táchira recuerda, en forma casi maquinal, al General Gómez. Esta es -postura característica del venezolano no andino-. Teniendo, según esto, que tener lo más distante posible a Gómez, la lejanía del Táchira queda consolidada. Se trata de un prejuicio, sí; pero de un prejuicio actuante. El otro prejuicio no es menos efectivo. El Táchira no solamente contiene una frontera verdaderamente viva y dramática de cada día, sino que, además, esta frontera es la frontera con Colombia. Y Colombia, nuestra inmediata y entrañable y admirada y querida, y por otra parte, inevitable Colombia, les cae gorda como dice Cantinflas- a nuestras mayorías no tachirenses. Es decir, a todos aquellos venezolanos, que por ignorancia y por incultura, carecen de experiencia fronteriza tachirenses.

No tenemos por qué inventar nada. Nos atenemos a las realidades. El Presidente Betancourt, hasta donde se nos alcanza, tuvo siempre personal repelencia por nosotros. Nosotros para él, y en uno de sus discursos famosos, y por aquello de la Restauración, pertenecemos "al estercolero de la historia". Podemos perdonarle el exabrupto al gran dirigente. El no fue, a la hora de la verdad, ni historiador, ni investigador, ni escritor. Pero sí resulta cuesta arriba perdonarle, o excusarle por lo menos, su concepto de que el Táchira no hay que beneficiarlo mucho porque ello significa beneficiar a Colombia. Pues bien. El ejemplo de Betancourt no puede ser más ilustrativo. Marca una postura oficial generalizada sobre nuestra muy bella tierra fronteriza.

El Táchira, por estar en la mera frontera con Colombia, es puerta de entrada y de emergencia respecto de los países del Pacto Andino. Esto lo sabemos todos, hasta lomas ignorantes, en Venezuela. Dada esta circunstancia, el Táchira debería tener magnífica red de carreteras, incluida la autopista para Cucuta pues es mucho más urgente que la de La Fría y magnífica red hotelera donde se hospedaran nuestros visitantes bolivarianos; y magníficas Casas de la Cultura donde estos mismos visitantes posibles conocieran quiénes somos, y magníficos museos que mostraran nuestras

cosas; y, desde luego, escasísimos Peracales donde las autoridades militares maltrataran tanto a los viajeros creyéndolos salteadores de caminos. Debería tener y no tener el Táchira todo esto. Pero nada. Estamos demasiado lejos de Caracas, cosa grave, a los efectos de nuestro desarrollo; y estamos demasiado cerca de Colombia, cosa también grave, a la luz de la mediocridad oficial. Esta, aunque nos produzca risa, nos mira como muy poco venezolanos ya, y como muy mucho colombianos ya a la vez. Más claro no canta el gallo.

El Táchira, a lo que parece, tiene que esperar. Esperar dos cosas. Que la cultura y el sentido común suban a las altas esferas oficiales. Y que los dirigentes, especialmente militares, comprendan alguna vez, quién sabe cuándo, en qué consiste la estrategia. Mientras, tenemos en el Táchira para rato largo. Dice el dicho que no se tomó a Zamora en una hora.